



DR. DONATO ALARCÓN.
Presidente de la Academia N. de Medicina
(1951-1952.)

DISCURSO DEL DOCTOR DONATO G. ALARCON, PRESIDENTE DE LA ACADEMIA EN 1951-1952 *

Este es el momento para mí en que culmina mi carrera científica al ser señalado por mis colegas académicos para ocupar el sitio de honor de la presidencia de la Academia Nacional de Medicina. No puede ocultarse la emoción ni ésta es menor porque la magna distinción acontezca en mi vida, cuando la experiencia me conduce ya por la senda de la serenidad y cuando tanto las satisfacciones como las amarguras recaen sobre mí más allá de la mitad del camino de la vida. Esta es una sensación honda y serena, no de orgullo sino de agradecimiento para quienes, quizás engañándose, me han marcado con el sello de los prominentes entre los que viven pensando en la salud de los demás como fin de la existencia.

Yo también, como los que me han precedido, al elevarme a esta colina, la más alta de mi vida, vuelvo los ojos hacia el pasado, no para añorarlo, sino para inspirarme en la tarea y contemplo el presente angustioso y tanto de vislumbrar el porvenir incierto de la Medicina y de la Humanidad.

Pero es sobre todo del presente que podemos extraer reflexiones y que podemos especular alrededor de nuestras inquietudes.

Estas inquietudes, que también son sin duda las de vosotros, giran alrededor de la misión de la Academia como entidad científica responsable; como guía de la marcha de la medicina y ciencias afines en nuestro país; como consultor oficial de nuestro gobierno y como orientador de la enseñanza de la medicina.

Y al reflexionar sobre estos fines de nuestra institución, nos vemos obligados a considerar tres eminentes problemas que confrontamos en el momento actual; tres crisis importantes que deben obligarnos a estudio y a acción definida. Son estos: la crisis de la clínica ante la revolución que

* Leído en la sesión solemne del 1º de febrero de 1951.

presenciamos, la inherente crisis de la enseñanza de la medicina y la trascendencia de la transformación social de la ciencia que profesamos.

La medicina de hoy, de este día, para ser más enfáticos sobre la fugacidad del momento científico, está sufriendo una transformación vertiginosa que nos es difícil seguir aún dedicándonos devotamente a estudiar su movimiento. Dos descubrimientos que en los últimos años han conmovido los conocimientos anteriores, han removido desde sus cimientos las bases de la terapéutica actual, nos obligan a una constante renovación de lo adquirido, a una revaluación de las verdades aún las recién consolidadas.

La técnica en todos sus aspectos ha aportado nuevas armas de investigación, de comprobación, de tratamiento, y en todos los órdenes ha acarreado cambios tan importantes, que algunos han llegado a ver con escepticismo las verdades más sólidas ante el embate de las novedades que se derraman de prodigiosa manera hasta fuera de los ámbitos estrictamente científicos, provocando en el público a través de las publicaciones laicas una ansiedad por aplicar las nuevas cosas a todo lo que resta, que es mucho, de la patología, de terapéutica inasequible.

Simplemente, el enumerar los elementos con que contamos requeriría un tiempo más largo del que la discreción permite en este breve discurso; pero estos cambios obligan a considerar la fragilidad de los conocimientos y a reorientarlos para seguir la marcha de la medicina de hoy.

De esta revolución febril de la medicina emana la necesidad de modificar la enseñanza adaptándola a las corrientes vigentes. Entonces reconocemos ahora más aún que nunca, que el ejercicio de nuestra ciencia requiere no sólo la educación de los estudiantes de acuerdo con las nuevas tendencias, sino la reeducación de todos nosotros para no quedar atrás de los requerimientos actuales.

La medicina entre médicos y estudiantes debe ser objeto de enseñanza permanente, y esta inquietud justa se ha traducido en todas partes en la multiplicación de las publicaciones de modo abrumador; en la creación de cursos de refresco de conocimientos, cursos de especialización; en la verificación de congresos sobre cada especialidad que se han constituido no en un motivo de intercambio social, sino en una necesidad urgente de intercambio científico.

La Academia no ha podido substraerse a su misión de orientadora de las actividades médicas y, además de que verifica sus sesiones con regularidad para obtener este intercambio, en años anteriores ha organi-

zados simposios de recapitulación para beneficio de los médicos en general, y entonces de manera más evidente ha emprendido la realización de la tarea de difusión entre los demás colegas. Estos simposios, que fueron organizados por mis predecesores, marcan una etapa vigorosa en las actividades de la Academia. Pero aún más puede hacerse y tenemos el deber de hacer. La calidad de los trabajos que los académicos presentan a la institución requiere una difusión mayor, un alcance educativo más amplio, y de ahí se desprende la necesidad de publicar más profusamente los trabajos representativos de la marcha de la Medicina y hacer que los médicos de todo el país lean lo que la Academia produce.

Esta labor de publicidad científica es una preocupación que no dudo tienen todos los que me escuchan. Es una necesidad a la cual todos tenemos que hacer frente de inmediato.

Urge pues una renovación de los trabajos de recapitulación como los llamados simposios, para ofrecer un digesto a nuestros conocimientos y de los ajenos al médico que trabaja intensamente y que no puede ahondar en todas las disciplinas.

Urge una difusión mayor de la medicina en publicaciones serias, sobre todo si se considera que el médico se encuentra sujeto en gran parte a la cultura que las publicaciones intelectuales y comerciales hacen en sentido unilateral de los progresos.

Las orientaciones de la Medicina con el fin de extender su acción a las masas, son no sólo incontrastables sino loables e imperiosas y sin duda que han tardado en llegar más de lo que debía esperarse. El derecho a la salud como uno de los derechos humanos se ha impuesto sobre los conceptos de caridad y de altruismo. Es preciso que todos los habitantes de los países civilizados tengan así como el derecho al alimento, a la educación, a la habitación, al descanso, a la vida integral, en fin, tengan el derecho a la salud y esto sólo puede lograrse cuando la medicina se encuentre al alcance de todos.

Desgraciadamente, el afán de extender estos beneficios a las masas se ha orientado en sentido a veces equivocado y se ha hecho del médico como trabajador, una víctima sobre la que gravita como sobre un pivote toda la organización social de la medicina. Es preciso que el médico cambie su mentalidad individualista y se convierta a la evidencia de la necesidad social de la cual es servidor. Pero el médico no debe ser la víctima de una organización con miras unilaterales o políticas. Debe protegerse al elemento primordial de la lucha contra la enfermedad y contra el dolor,

si no se quiere hacer una casta de seres desposeídos de su bienestar y si no se desea que su rendimiento sea el de un grupo burocrático decepcionado y abúlico que nulifique el magno problema de la medicina social.

Una medicina nueva requiere una enseñanza nueva para todos: los que se encaminen al doctorado y los que ya lo ostentan. Precisa la reeducación permanente.

Una orientación social nueva requiere la medicina para todos, pero sobre la base de un trato justo y decoroso para el médico. De otro modo se fracasará en la empresa que al hundirse tardará mucho en volver a emprenderse.

No podemos presenciar con indiferencia que se organice, se construya, se legisle, se trabaje en la salud social, sin que el médico figure con la importancia que merece en esos trabajos. Y eso es lo que acontece hoy cuando se reúnen burócratas, trabajadores y patrones para discurrir sobre la marcha de la institución social del Seguro, sin que los médicos alternen en la tarea de orientación de esa trascendental experiencia. Se está creando un organismo complejo y exuberante, pero al construirlo se está olvidando de su sistema nervioso.

La Academia de Medicina, como institución respetable, no sospechosa de partidatismo ni de venalidad ni de presión, es la organización que está llamada a levantar su voz serena y juiciosa, amigable y sincera, y está obligada también a prestar su apoyo a las magnas obras de la educación y la socialización de la medicina.

Este es un deber que no podemos eludir, y es deber nuestro también el ver que nuestra voz no se pierda, sino que se traduzca en acción. Que seamos nosotros mismos actores de un movimiento de realización de estas necesidades humanas y que no tengamos el papel contemplativo que se ha asignado a otras asociaciones vetustas.

El imperioso "renovarse o morir" se aplica también a las academias y la rebeldía a la marcha hacia la decrepitud debe ser nuestro objetivo generoso.

Señores académicos: En el tiempo que permanezca al frente de esta institución como presidente, me propongo tener en la mente estos deberes, no para pretender resolver los problemas que no se pueden resolver en doce meses ni en muchos años, sino para aportar nuestra contribución pequeña y pasajera a la marcha de las instituciones científicas en nuestro país.

Es la obra conjunta a través del tiempo la que tendrá trascendencia y nuestro paso a través de la historia de la Academia será de poca importancia, pero estará inspirado en el ejemplo de ese grupo de hombres que la han conducido, todos ellos destacados constructores de la medicina mexicana actual, que se plasma en ejemplos de instituciones científicas que nos enorgullecen y que nos animan a emularlos.

Nada es posible de realizar sin contar con el apoyo y la cooperación de los demás en nuestra organización. Por ello pido a todos los señores académicos su entusiasta cooperación para la realización de los ideales de la Academia, porque son los ideales de ella y no los personales nuestros los que somos llevados a desarrollar. La obra que pretendemos proseguir en esta fracción de tiempo que me concedéis como honor para presidirlos será la vuestra y, al llegar al término de mi situación de responsabilidad, es a ustedes a quienes deberé todo lo logrado y a quienes rendiré el homenaje de mi gratitud nuevamente por lo que hagáis en favor de la Academia, de los intereses de la Patria y de los imperativos de mejoramiento de la Humanidad.

Se aplaza para el próximo número la publicación de las acostumbradas secciones de "Publicaciones recibidas" y "Noticias Médicas".